

17. Muy pronto se advirtió en la corte pontificia que su gefe era un observador religioso de los cánones. Lo primero que hizo fue ponerlos en práctica en su propia casa. Uno de sus capellanes que poseía ya siete beneficios, y fundaba nuevas esperanzas en un protector que ocupaba la primera Silla de la Iglesia, fue á pedirle un beneficio para un sobrino suyo. „Bastantes teneis (le dijo el Papa) no solo para colocar á vuestro pariente, sino tambien para proporcionar la subsistencia á muchos pobres siervos de Dios que es el bienhechor de todos. Dad el mejor á vuestro sobrino: de los seis restantes elegid tres para vos, y dejad inmediatamente los otros tres, porque estoy resuelto á conferirlos á tres pobres clérigos.” Persuadido de que la vida del primer Pastor y de los que están á su lado debe servir de ejemplo en todo á los demás del rebaño, reformó su tren, su mesa y todos sus gastos, y consiguió que los cardenales moderasen el lujo de sus casas y personas.

Suprimió las reservas de los beneficios, que se habian multiplicado infinito por la facilidad y liberalidad de Clemente VI; declaró inhábiles en lo sucesivo á los cardenales para poseer las dignidades de los cabildos, á no preceder una dispensa expresa y especial; abolió las encomiendas como un manantial de envilecimiento para los lugares santos y el culto divino; como la ruina del celo de las almas, de la hospitalidad y de la limosna, y como la destruccion de todos los bienes espirituales y

temporales de las iglesias, y obligó, pena de excomunion, á los prelados y á los demás eclesiásticos establecidos en su corte, á servir por sí mismos sus beneficios. Repetia continuamente, hablando de este punto, la máxima de que en el redil de Jesucristo no pueden jamás los mercenarios reemplazar á los pastores. Los auditores de Rota no habian tenido hasta entonces mas sueldo que las obvenciones de sus empleos. Parecióle muy grande esta tentacion para una probidad comun. „El que tiene hambre, decia, coge, si puede, el pan ageno.” De consiguiente les señaló una consignacion mensual fija. Al mismo tiempo proscribió el vergonzoso abuso que hacian de su autoridad otros ministros, ya absolviendo por dinero á los homicidas que habian transigido con los parientes del muerto, y ya tolerando las mugeres públicas, mediante una especie de tributo. Además de estas reformas espidió un decreto muy severo contra los juegos de suerte.

18. En fin, publicó una bula revocando como contrario á los derechos inmutables de la Silla apostólica el reglamento que habian hecho los cardenales en el último cónclave, y que habia firmado él en caso de que no fuese contrario al orden gerárquico. Es verosimil que desde entonces le tuvo por defectuoso; y con razon ó sin ella creyó que podia usar de disimulo para no dar lugar á dificultades y lentitudes peligrosas (1). Como quiera que sea, anuló esta acta, y se esplicó con los términos

(1) *Rain. ann. 1353. num. 29. 30.*

mas formales y enérgicos, declarando en virtud de su autoridad apostólica que los cardenales no habian podido estenderla, que era esencialmente de ningun valor, y que nadie está obligado á observarla.

19. Antes de espedir esta bula de revocacion, habia anulado ya de hecho el artículo del reglamento que prohibia al Papa aumentar el número de los cardenales, confiriendo esta dignidad á su sobrino Alduino Alberto. Mas no obstante el mérito de Alduino, y conviniendo en que mucho tiempo antes habia sido elevado por su doctrina al obispado de París, desde el que le trasladaron á Auxerre, y despues á Maguelona, seria de desear que el objeto de esta elevacion no hubiese sido un pariente.

20. Estando ocupadas por una multitud de tiranos y de usurpadores las mejores ciudades y casi todas las plazas que la iglesia romana poseía en Italia, envió á ellas el Papa Inocencio al cardenal Gil Alvarez de Albornoz con toda la autoridad de legado apostólico. No era este prelado menos ilustre por la nobleza de su casa, una de las mas principales de Castilla, que por su instruccion, principalmente en la ciencia del derecho, mereciendo el aprecio del Rey Alfonso, undécimo de este nombre, quien le nombró capellan suyo, y despues hizo que se le promoviese á la silla de Toledo, primada de las Españas. Pero obligáronle á salir del reino para librarse del furor de Pedro IV, llama-

do el cruel, que habia sucedido en 1350 á su padre Alfonso. No habia otro recurso que un destierro voluntario, contra aquel monstruo de crueldad que mandó quitar la vida en su presencia al Príncipe Federico su hermano, y á su primo Juan de Aragon: que cometió el mismo atentado con la Princesa Leonor de Guzman, madre de Juan y tia suya: que degolló por su propia mano al Rey de Granada, el cual habia ido fiado de un salvoconducto á rendirle homenaje; y en fin acabó con la Reina su esposa Blanca de Borbon, despues de haber hecho padecer á esta Princesa, la mas perfecta de su siglo, por espacio de ocho años que la tuvo presa, un sinnúmero de indignidades mucho mas intolerables que la misma muerte. Habia el arzobispo de Toledo desagradado á aquel bárbaro Monarca por el lado mas sensible, tomando generosamente el partido de la Reina maltratada (*).

En la bula de legacion que dió Inocencio para

(*) Las acciones del Rey D. Pedro, señaladamente sus multiplicados casamientos y horribles crueldades, parecen paradojas á los que las examinan con ojos serenos. En efecto, algunos escritores de singular crítica y erudicion han tratado de defender la memoria de este Monarca; aunque á decir verdad, ha prevalecido siempre la comun opinion y el renombre de cruel que le dieron los pueblos. No es de nuestro propósito discutir estas opiniones contrarias; en nuestros historiadores Zurita, Garibay, Mariana y Ortiz, se pueden ver por estenso los fundamentos de ambas, y las razones que, si no justifican plenamente, al menos disminuyen la odiosidad impresa en el nombre y memoria de aquel Soberano.

Italia, le dice (1): „con el mas vivo dolor vemos que de mucho tiempo á esta parte reina la division en la Lombardia, en la Toscana y en los países circunvecinos: de donde resultan los homicidios, las desolaciones, la degradacion del culto divino, el saqueo de las iglesias y de los lugares que dependen de ellas, el desprecio de la libertad eclesiástica, y, lo que es peor, el espíritu de cisma y de heregía. Sin embargo, los asuntos de primer órden que nos detienen á este lado de los montes, nos impiden pasar en persona á los lugares amados adonde se dirige sin cesar el ardor de nuestros deseos. Por tanto os damos nuestras veces para que restablezcáis en ellos la paz, y procureis en todas las cosas el bien de la Religion.”

Con tan amplios poderes no encontró el legado en toda Italia mas que dos plazas de la iglesia romana donde poder residir con seguridad, á saber; Monte-fiascone en el patrimonio de San Pedro, y Monte-falco en el ducado de Spoleto. Estendió desde allí su poder, mas á pesar de su habilidad fueron muy cortos y nada sólidos los progresos que hizo. La paz cristiana, que trataba de restablecer, es obra del cielo, que no concede sus bendiciones á todos.

21. Era tan poco lo que Gil de Albornoz habia pacificado la Italia despues de un año de su legacia, que el Emperador Carlos de Luxemburgo, que queria coronarse en ella, caminaba lleno de temo-

(1) *Rain. ann. 1353.*

res en medio de las facciones que la agitaban por todas partes. Escribió el Papa á su legado que ayudase á este Príncipe, no solo con sus consejos, sino tambien con sus fuerzas: discurso poco decoroso sin duda á la dignidad del sucesor de los Césares, pero análogo al estado modesto de aquellos Emperadores, quienes no lo eran sino por la proteccion de los Papas. Sin embargo, sobrejugaron los resultados á las esperanzas de Carlos. Contentábase éste con recibir en Monza, en la diócesis de Milán, la corona de hierro ó del reino de Lombardia, cuya investidura debia preceder segun costumbre á la coronacion imperial (1). Pero Juan Visconti, arzobispo y Príncipe de Milán, murió en estas circunstancias tan de repente, que no pudo arreglar la sucesion de sus estados entre sus tres sobrinos; y logró muy buen partido de estos Príncipes, quienes se convinieron entre sí, y habian hecho ya que se eligiese un arzobispo de su propia familia, llamado Roberto, que lejos de oponerse á la coronacion del Emperador Carlos, le coronó él mismo el dia 6 de Enero del año 1355, no en Monza, sino en la misma ciudad de Milán, en la iglesia de San Ambrosio.

Fue Carlos coronado Emperador en Roma por el obispo de Ostia, que habia ido con este objeto desde Aviñon el dia de Pascua 5 de Abril del corriente año. Tambien coronó Bertrando á la Emperatriz Ana que habia llegado de Alemania, donde tuvo no-

(1) *M. Villan. lib. 4. cap. 25.*

ticia de los progresos del Emperador su esposo. El Emperador, cumpliendo despues de la ceremonia la palabra que habia dado de salir de Roma en el mismo dia, montó á caballo con pretesto de ir á caza, y pasó la noche en San Lorenzo fuera de la ciudad. Con la misma escrupulosidad cumplió todo aquello que se habia obligado con Clemente VI y con Inocencio.

22. Hubo al propio tiempo otra nueva revolucion en el imperio vacilante de Constantinopla. Juan Cantacuzeno, poco satisfecho con su primera usurpacion, habia hecho coronar tambien á su hijo Mateo, no dejando mas que el vano título de Emperador á su yerno Juan Paleólogo, á quien tenia como desterrado en Tesalónica (1). Carecia éste de tropas y aun de dinero; pero estaban por él todos los corazones, alentados de la justicia de sus derechos contra el tirano de este augusto pupilo, y de sus preciosas y amables prendas, que no pudo menos de confesar su propio rival. Han juzgado de él con precipitacion los autores que le han pintado como un Príncipe sin talento ni actividad, por el tiempo en que su tutor tiránico le tenia sin ningun poder, y no le dejaba imponerse en los negocios (2). Supónenle por el contrario muchos historiadores dotado de mucha sensibilidad y generosidad, de gran viveza de espíritu, de un juicio recto, de prudencia y penetracion, y le pintan con un solo ras-

(1) *Cantac. lib. 4. cap. 1.* (2) *M. Vill. lib. 4. et 7. = Ducang. Hist. const. lib. 8.*

go representándole como uno de los hombres mas hermosos de su siglo, pero de aquella especie de hermosura que da nuevo realce á la magestad del trono, y suponen que su alma era aun mas bella que su cuerpo. Este es entre todos los Emperadores griegos el que con mas justa causa fue apellidado Calo-Juan ó el Hermoso Juan.

Como quiera que sea, toda la política y la desconfianza de Juan Cantacuzeno quedó cogida, por decirlo así, en las redes de este Príncipe jóven, que no llegaba á los veintitres años, ó á lo menos en las de sus hábiles y generosos partidarios. Francisco Catalucio, genovés noble y sumamente rico, establecido en Constantinopla con otros muchos de su nacion, lo dispuso todo con tal acierto sin que lo advirtiese Cantacuzeno, que los griegos y los extranjeros tomaron de repente las armas en favor de Paleólogo, el cual llegó de noche con una sola galera en el mes de Enero del año 1355. Sin dar tiempo á su enemigo para volver en sí, se dirigió á palacio el jóven Emperador acompañado de aquella gente armada, y sorprendió á Cantacuzeno antes de que pudiese ponerse en estado de defensa. Valiéndose, pues, de un arbitrio forzado, y temiendo una suerte mas infeliz, declaró que habia tomado mucho tiempo antes la resolucion de abandonar las grandezas del mundo por la vida monástica; y la única condicion que pidió fue la libertad de verificarla. Se recibió con aplauso la noticia de una vocacion tan oportuna; y al dia siguiente, habien-

do dejado en palacio el nuevo prosélito los adornos é insignias imperiales, se puso un hábito de monge, y mudó el nombre de Juan en el de Josef. Su hermana Irene tomó tambien el hábito de religiosa, con el nombre de Eugenia. Así refieren este suceso los autores desinteresados (1), si bien le presenta con alguna variedad el mismo Juan Cantacuzeno, el cual despues de diferentes tentativas inútiles para volver á su primer estado, trató de acomodarse á su nuevo género de vida. En ella se hizo célebre por sus producciones literarias, y especialmente por una historia muy buena de lo ocurrido en el reinado de su predecesor Andrónico y en el suyo propio. Su hijo Mateo se sostuvo todavía algunos meses, pero al fin se vió precisado á seguir en el claustro el egemplo de su padre, á quien imitó tambien en el oficio de autor. De este modo adquirió la Grecia dos escritores estimables en cambio de dos Emperadores muy medianos.

23. El primer uso que hizo Juan Paleólogo de su poder despues de haberle recobrado, fue manifestar su agradecimiento al generoso genovés que le habia facilitado los medios de volver á adquirirle. Midiendo la recompensa por su propia generosidad y por la magnitud del favor recibido, le dió en matrimonio á su propia hermana, con el principado de la isla de Metelin ó Mitilene. Poco despues, siguiendo el consejo de su madre la Emperatriz Ana de Saboya, trató de la reunion con la iglesia ro-

(1) *M. Villan. lib. 4. cap. 46. Cantac. lib. 4. cap. 38. 42.*

mana, y es de creer que sus disposiciones eran mas sinceras que las de la mayor parte de sus predecesores.

21. Lo primero que hizo para esto fue tratar con Pablo, arzobispo de Smirna y nuncio del Papa, y despues espidió una bula de oro que decia lo siguiente (1): „Juro sobre los santos Evangelios dar, como los demás cristianos, al Sumo Pontifice de la iglesia romana y de la Iglesia universal, la obediencia que le deben todos los fieles. En el espacio de seis meses haré todos los esfuerzos posibles para conseguir por medios suaves que mis vasallos sigan mi egemplo, y pasado este término, me valdré de la autoridad para reducir á los indóciles. Daré al nuncio romano un palacio y una iglesia en Constantinopla, con facultad para conferir beneficios á los eclesiásticos que abjuren libremente el cisma. Habrá tambien tres colegios, en los cuales se enseñará el latin á los jóvenes, y principalmente á los hijos de casas nobles. Tendrá mi hijo primogénito un preceptor del rito romano, para que le enseñe la lengua y la erudicion latina. Si el Papa quiere enviar ahora tres galeras, yo le devolveré una con este hijo que ha de ser mi sucesor, en calidad de rehenes dados á San Pedro y como hijo adoptivo del Papa, el cual podrá elegirle muger, tutores y curadores, y trasladar á él mis derechos

(1) *Rain. ann. 1355. num. 33. et seq. = Ms. Privil. Rom. Eccl. ex bibl. Vat.*

al imperio; en caso de que no cumpla mis promesas."

Por todas estas condiciones no pedia Paleólogo, antes de su plena ejecución, más de quinientos hombres armados y mil infantes, con una parte del dinero necesario para mantener el mayor número de tropas que esperaba en lo sucesivo. No hay cosa más á propósito que ésta para dar á entender el extremo á que se hallaba reducido el imperio de oriente. Pero á pesar de ser tan moderado el objeto presente de aquella petición, lo cierto es que las facciones de Italia, las pocas fuerzas de Alemania, las agitaciones causadas en España por los excesos de Pedro el Cruel, y de su digno émulo Carlos el Malo de Navarra, el encarnizamiento del Rey de Inglaterra contra los franceses, en una palabra, las guerras y las turbulencias de todo el orbe cristiano no permitieron al Papa facilitar á Juan Paleólogo un socorro de tan corta entidad. Lo único que pudo hacer en su favor fue escribir á los venecianos, á los genoveses, al Rey de Chipre y al gran maestro de Rodas cartas de recomendación que no produjeron el menor efecto.

25. Sin embargo, como Inocencio VI no podia desentenderse de este asunto, del que se prometía grandes cosas en beneficio de la Religion, envió al Emperador algun tiempo despues un legado, el mejor que podia elegirse para acreditar la fe romana en el oriente. Era este el Beato Pedro Tomás, carmelita, que habia nacido de padres pobrísimos

en un caserío de la diócesis de Sarlat en Perigord, pero célebre ya en aquellos tiempos por las legaciones más importantes y mejor concluidas. Fue una felicidad para él que se le admitiese á la profesion religiosa, lo que consiguió por sus progresos en las ciencias, las cuales habia estudiado manteniéndose con su trabajo y con algunas limosnas. Era su padre tan pobre, que no pudiendo sustentar á dos niños que tenia, á saber, un hijo y una hija, se vió Pedro precisado á ir á buscar su alimento á una aldea inmediata, donde al mismo tiempo que mendigaba, asistia con puntualidad á las escuelas. Luego que tomó el hábito, le enviaron sus superiores á estudiar á París, donde hizo unos progresos tan extraordinarios, que se le dispensaron dos años de los que se exigian para recibir el grado de doctor. En medio de esto tuvo que vencer los obstáculos que debia presentarle lo poco recomendable de su persona, porque era de tan corta estatura, y tenia una cara tan ordinaria, que habiéndole hecho procurador de su órden, y hallándose en Aviñon donde residia entonces el general, se avergonzaba éste de llevarle á palacio, y de presentarse con él delante de los cardenales. Supo casualmente el cardenal de Perigord que este sábio y piadoso religioso era natural de aquella provincia. Lisongeado este prelado de que unos talentos tan raros hubiesen salido á luz en los estados de sus padres, quiso verle, y le convidó á comer. Concluido el convite, se propuso una cuestion, segun la costumbre